

## 5tas. JORNADAS URUGUAYAS DE HISTORIA ECONÓMICA

**Simposio:** “Guerra y sociedad. Las formas de hacer la guerra durante los movimientos de independencia iberoamericanos y sus implicancias económicas y sociales”.

---

### Los unitarios de “La espada y la pluma”. Divergencias y coincidencias del unitarismo a través de la prosopografía, 1820-1852.<sup>1</sup>

---

Ignacio Zubizarreta  
ignzubizarreta@gmail.com

Hacia fines de noviembre de 1826, aquellos que abrieron las páginas del periódico *El duende de Buenos Aires* pudieron observar la siguiente frase: “allá, como aquí, y en todas partes, la fuerza militar será enemiga de las instituciones liberales”<sup>2</sup>. En esos momentos, en un contexto tal vez más tórrido y perturbador que el que podían gozar los unitarios que desde Buenos Aires leían la publicación y acordaban con esa afirmación, se encontraba Carlos María de Alvear, al mando de las tropas argentinas y orientales que se disponían a luchar contra el Imperio del Brasil. Este hombre, desencantado de los distantes burócratas del gobierno, se despachaba con total franqueza frente a sus compañeros de armas, y según un testigo, con una gran dosis de ironía llegó a afirmar: “Una vez en la presidencia dictaré una ley de conscripción general sin excepción de clases [...] cuanto abogado caerá en la ratonera; a éstos es a los que quiero ver en campaña, caminando a pie y muertos de sed y hambre: entonces sabrán lo que es patria ¡Bribones!, los he de poner en un puño y al que se descuide, cuatro balazos”<sup>3</sup>. Los abogados a los que Alvear aludía, bien se comprende, eran los que desde tiempos rivadavianos tenían el principal influjo en las decisiones del gobierno, que sin dudas afectaban a los soldados que estaban en campaña. Domingo Arrieta, un joven militar unitario, en plena campaña contra el Brasil, recibió una orden directa de Alvear para ocupar –y extraer las riquezas- de la hacienda de un notable riograndense. Una vez en su morada, se encontró con el dilema de qué hacer con los numerosos ejemplares que se desplegaban en la biblioteca. Así reflexionaba al respecto:

“Para mí, estos libros serían muy perjudiciales, pues notorio es, que las leyes y las armas están de continuo como perros y gatos encerrados en un costal y no quiero con el estudio en estos libros impregnarme de las subversivas ideas que ellos indican, para tener después a mi cuerpo en continua gresca con mi cabeza, estando ella en el Senado

---

<sup>1</sup> El siguiente trabajo es un fragmento abreviado de un capítulo de mi tesis doctoral titulada: *Los Unitarios: faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852* defendida en la Freie Universität Berlin en julio del presente año.

<sup>2</sup> *El Duende de Buenos Aires*, 21 de noviembre de 1826, Biblioteca Nacional de la Argentina, Sala del Tesoro.

<sup>3</sup> **IRIARTE, Tomás.** *Memorias. Rosas y la desorganización nacional.* Buenos Aires: Ed. Argentinas, 1944, pp. 32-33.

dictando leyes, y mi cuerpo en campaña exterminando tribunales con el sable. Yo en todo caso me decido por las armas, pues todas las leyes del mundo, reunidas a las más bellas letras, aunque sean de oro, son todas ellas nada, al frente de una tajante espada.”<sup>4</sup>

Lo que a las claras se observa en estos representativos fragmentos escogidos, es que existieron tensiones entre los hombres de la pluma y los de la espada, como se recoge en el título de esta ponencia. Para el sociólogo Jeremy Boissevain, toda coalición que conforma una facción posee una especialización interna, esto es, una distribución formal o informal de funciones<sup>5</sup>. Los unitarios comenzaron como un grupo de hombres de ideas que se imbricó, de algún modo, en una estructura de poder en construcción, y a la que podríamos denominar como “estado” incipiente. En esa estructura, la distribución de funciones sería parte de un proceso gradual, complejo y fruto de constantes negociaciones entre distintas esferas de poder. Pero, ¿existieron distintas esferas de acción-pertenencia que reproducían ámbitos diferenciados de poder en el interior de la facción? Esta es la pregunta que intentaremos responder en las próximas páginas.

Al analizar el mismo período del que se ocupa este trabajo, Beatriz Bragoni, en un estudio microhistórico sobre la provincia de Mendoza, considera que las evidencias “no parecen indicar la existencia de élites diferenciadas” desde un punto de vista sectorial<sup>6</sup>. Algo parecido sugiere, para una época similar y en un espacio territorial próximo, como lo fue la Banda Oriental, el historiador uruguayo Carlos Real de Azúa cuando argumenta sobre el patriciado –o elite- que allí dominaba:

“Suponerlos hombres especializados sería falsísimo. Las dimensiones reducidas de la clase dirigente, la escasa densidad social de un país desarbolado, la multiplicidad de funciones exigidas por ello, las gravosas presiones de nuestra circunstancia hacen que la mayoría del Patriciado haya tenido que cumplir urgidas tareas políticas, militares, administrativas, diplomáticas o periodísticas imbricándolas, y a veces desplazando o postergando sin plazo, sus propias vocaciones de hombres de negocios, estancieros, letrados, comerciantes, historiadores o poetas.”<sup>7</sup>

Es posible pensar que cuanto menor sea la sociedad que se estudie, mayor es la dificultad de toparse con “élites diferenciadas”; al menos, así parece atestiguarlo el caso mendocino, donde los notables tenían “roles” mucho más polivalentes que en ámbitos urbanos de mayor envergadura. Según Leandro Losada, sería sólo entre fines del siglo XIX y principios del XX que en Argentina comenzaría a establecerse una diversificación en los campos sectoriales y profesionales dentro del seno de sus élites<sup>8</sup>. Según se considera en la presente investigación, esa transformación, gradual y difusa, comenzaría a operarse mucho antes.

---

<sup>4</sup> **ARRIETA, Domingo.** *Memorias de un soldado.* Revista Nacional, Año IV, Tomo IX, n. 39.

<sup>5</sup> Ver capítulo titulado “Coaliciones”, en: **BOISSEVAIN, Jeremy.** *Friends of friends: networks, manipulators and coalitions.* Oxford: Blackwell, 1974.

<sup>6</sup> **BRAGONI, Beatriz.** *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX.* Buenos Aires: Taurus, 1999, introducción.

<sup>7</sup> **REAL DE AZÚA, Carlos.** *El Patriciado Uruguayo.* Montevideo: Ediciones Asir, 1961, pp. 24-25.

<sup>8</sup> **LOSADA, Leandro.** “¿Oligarquías o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930”, en: *Hispanic American Historical Review*, 87:1, febrero de 2007, pp. 43-75.

¿Fue Lavalle un “militar” en las campañas independentistas y un “político” cuando le tocó gobernar con mano férrea la provincia de Buenos Aires? Juan Manuel de Rosas, ¿un estanciero al servicio de la política, o un político al servicio de sus intereses sectoriales? ¿Son estas distinciones legítimas, o fueron creadas *a posteriori* sin reflejar una realidad histórica, en aras de clasificar, clarificar y comprender con cánones extemporáneos algo que verdaderamente se nos escapa? Estos válidos interrogantes se encuentran aún inmersos en debates historiográficos vigentes. En este sentido, aquí se considera que la esfera política justamente funcionó como un espacio de amalgama, de contacto, de reunión de grupos de pertenencia diferenciados, que gozaban, hasta cierto punto, de algún grado de autonomía. Allí, en la convergencia de la política, se daban los vasos comunicantes. Allí se reunían hacendados, militares, intelectuales<sup>9</sup>, en un espacio de acción común, pero en el que participaban con lógicas muchas veces disímiles<sup>10</sup>. Esa acción compartida no negaba o anulaba las particulares características de los diversos grupos de pertenencia –aunque solía atenuarlas-, puesto que es en la esfera de la política donde observamos cómo esos rasgos distintivos imprimían lógicas de comportamiento diferenciales, verbigracia: es evidente que Lavalle no gobernaba como Rivadavia, ni Rivadavia como lo hizo Rosas, cada uno de ellos se correspondía con sectores de la elite que no eran iguales.

Es legítimo suponer que esta diversidad de grupos de pertenencia emergió como fruto de un proceso lógico y consecuente del momento emancipador, habiendo sido, tal vez, más imperceptible en tiempos coloniales<sup>11</sup>. El vacío de poder que resultó de esa coyuntura obligó a que fuera llenado por una estructura institucional que debía reconstituirse, pero sobre todo, autoabastecerse de hombres con las habilidades más diversas que ya no podía proveer un inexistente –o fragmentario- imperio español, con el que al mismo tiempo se combatía. Los militares lograron un alto grado de autonomía de facto entre los años 1806-1807, e incluso su líder Liniers se convirtió en virrey en ese último año<sup>12</sup>. Los hacendados,

---

<sup>9</sup> Sobre las definiciones de “intelectual” que hemos revisado, ver: **GRAMSCI, Antonio**. *La formación de los intelectuales*. México: Grijalbo, 1967; o **SARTRE, Jean-Paul**. *Escritos políticos: El intelectual y la revolución*. Madrid: Alianza, 1987; también, **BOURDIEU, Pierre**. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: EUDEBA, 2000.

<sup>10</sup> Para el sociólogo americano Michael Mann, el “poder civil”, que se encuentra tanto por fuera como por dentro del “estado”, puede ser dividido en tres componentes: grupos ideológicos, económicos y militares. En un célebre ensayo de su autoría pretende descubrir la “autonomía” del estado frente al del “poder civil”, para concluir en que el “estado” surge y se encuentra inmerso, es reflejo a su vez, del “poder civil”. **MANN, Michael**. “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”. En: *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, núm. 5, noviembre de 2006, UAM-AEDRI, p. 5.

<sup>11</sup> **MOUTOUKIAS, Zacarías**. “Réseaux personnels et autorité coloniale : les négociants de Buenos Aires au XVIIIe siècle”, en: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Année 1992, Volume 47, Numéro 4, p. 889 – 915.

<sup>12</sup> “Desde la guerra de la independencia y de las disensiones civiles de las provincias ha nacido una clase distinta, la de los militares, cuya influencia, por desgracia de ese país, es por doquiera demasiado notable. Digo por desgracia, porque nada puede haber más peligroso que la propensión a las distinciones militares en un país nuevo, cuya prosperidad futura debe tan esencialmente depender del cultivo y fomento de las artes pacíficas de la industria. Allí donde los hombres están armados, la espada no descansará mucho tiempo en la vaina: o bien ocurrirán desavenencias con las naciones extranjeras, o bien disensiones y contiendas civiles: se transformará en ley la fuerza y ¿qué sobreviene entonces?” El subrayado es nuestro. Esta cita corresponde a un actor que visitó el país en el tiempo en que se centra esta investigación, y lo conoció muy bien, se trata de Woodbine Parish. Por la cita: **PARISH, Woodbine**. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires: Librería e Imprenta de Benito Hortelano, 1852, tomo I, p. 186. Una lectura más historiográfica sobre la temática: **HALPERÍN DONGHI, Tulio**. “Militarización revolucionaria de Buenos Aires”, en: *El ocaso del orden colonial en América*. Buenos Aires: Sudamericana, 1978.

es decir, aquellos que se encargaron de reemplazar los beneficios económicos que otorgaba otrora el comercio minero con el Alto Perú –principalmente en manos peninsulares- y el contrabando, por las virtudes pecuarias –en manos criollas- que ofrecían las inmensas pampas, comenzaron su etapa ascendente a partir de 1820<sup>13</sup>. En cambio, los hombres de la pluma, los que antiguamente actuaban o cumplían el papel de funcionarios de la administración colonial –también mayoritariamente peninsulares, en ese entonces<sup>14</sup>-, comenzaron a destacarse y tomar el rol principal de la gestión independentista en un complejo proceso no sólo de criollización política sino en el que legitimaban su campo de acción a través de conceptos novedosos como opinión pública<sup>15</sup>, soberanía de los pueblos<sup>16</sup>, republicanism<sup>17</sup>, etc. El faccionalismo político comenzó a ser el lugar donde se articularon y reclutaron algunos de entre ellos. A su vez, tendrían el control de la naciente esfera pública y emprenderían una actividad proselitista en ámbitos como las tertulias y los cafés<sup>18</sup>; aunque fue, sin dudas, su educación en la universidad la que los pulió y les brindó los conocimientos y la ilustración que los diferenciaría de otros sectores de influencia. No pretendemos negar algo que es evidente en demasía. Estos tres grandes grupos –sectores económicos de prominencia, sectores ilustrados y de gabinete, y sectores militares- no sólo se relacionaban en el mundo de la política, sino –y principalmente- por medio de redes de relaciones interpersonales y de parentesco. El hecho de que no nos detengamos en esto último –es un tema que, por vasto, no podemos atender aquí- no hace que obviemos su importancia.

En su lucha por el dominio del poder, estos sectores de pertenencia no permanecían estancos, y aunque a veces es difícil de percibir, sí luchaban, a su modo, por acaparar el mayor influjo posible. Las facciones se encontraban integradas por agentes que se sentían mayormente identificados con alguno de esos campos, a veces inclusive, perteneciendo a más de uno a la vez.

Sergio Bagú señala que los unitarios comenzaron como un pequeño círculo donde predominaban abogados, periodistas, funcionarios y algunos miembros del clero. Pero además apuntala que, salvo contadas excepciones, “ninguno de estos hombres participa en empresas importantes, ni dedica gran parte de su tiempo a gestiones económicas. Casi todos pertenecen, más bien, al tipo de los intelectuales de la época”<sup>19</sup>. Entre las excepciones,

---

<sup>13</sup> Al respecto, recomendamos el capítulo: “Consecuencias de los reajustes comerciales post-revolucionarios (1810-1820) p. 45. En: **HALPERÍN DONGHI, Tulio**. *La formación de la clase terrateniente bonaerense*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

<sup>14</sup> Como se refleja en: **SOCOLOW, Susan Migden**. *The Bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810: Amor al Real Servicio*. Londres: Duke University Press, 1987.

<sup>15</sup> Por opinión o esfera pública tomamos los conceptos: **HABERMAS, Jürgen**. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: G. Gili, 1981.

<sup>16</sup> **CHIARAMONTE, José Carlos**. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de la independencia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004.

<sup>17</sup> **ENTÍN, Gabriel**. “Quelle république pour la révolution?”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2008, [En línea], Puesto en línea el 15 septiembre 2008. URL: <http://nuevomundo.revues.org/33042>.

<sup>18</sup> De hecho, “Los cafés no presentan muy buen aspecto, y no son comúnmente muy frecuentados a causa del espíritu de partido que con frecuencia se manifiesta en ellos, y que más de una vez ha ensangrentado las calles de la capital.” **D’ORBIGNY, Alcide**. *Viaje pintoresco a las dos Américas, Asia y África*. Barcelona: Imprenta y librería de Juan Olivares, 1842, p. 245.

<sup>19</sup> En realidad, acordamos parcialmente. Rivadavia había promovido negocios mineros con los capitalistas británicos Hullet, mientras que Valentín Gómez compartió con su amigo Carlos María de Alvear especulaciones sobre tierras en la frontera, y sobre la construcción de muelles y canales, como se constata en: **RODRÍGUEZ, Gregorio**. *Contribución histórica y documental*. Tomo II. Buenos Aires: Pauser, 1922, p.

podemos señalar a Manuel Tezanos Pintos, Victorino Sola –representante de los intereses salteños en Buenos Aires-, Juan Madero, José Ignacio Garmendia y Alurralde, José Frías, o tal vez, el más reconocido entre todos ellos, Braulio Costa. Algunos fueron hacendados, como la familia Castex, los Ramos Mejía, los Ezeiza. Los hubo también relacionados al mundo de las finanzas y a la banca, como Manuel Andrés Arroyo y Pinedo, Mariano Fraguero, o el mismo Braulio Costa. Sin embargo, ninguno de ellos tuvo destacada implicancia en las decisiones políticas de la facción por la que simpatizaban. Esta ausencia de gravitación también se ve reflejada en sus escasas actividades en el seno de la Junta de Representantes provincial<sup>20</sup>, tanto como en las Asambleas Constituyentes (1824-1827). Estas evidencias, consideramos, explican los motivos por los cuales los proyectos que se pretendieron implementar a través de la tentativa constitución unitaria –erigir a Buenos Aires como capital, con su consecuente desmembramiento de la provincia homónima, y la distribución nacional de los ingresos aduaneros- actuaron como factores causantes de un drenaje de los representantes de los sectores económicos principales hacia las filas federalistas. Los idearios rivadavianos no parecían haberse consensuado con esos sectores, que de acuerdo a numerosas evidencias habían mantenido más estrechas relaciones con Manuel García<sup>21</sup> –según Forbes, éste era apoyado por “accionistas y especuladores”-, el ex ministro de Martín Rodríguez y de Gregorio Las Heras, alejado del unitarismo por diferencias con algunos miembros de la cúspide de la facción. Por las razones que venimos exponiendo, se considera que será provechoso, en este momento, consagrarse al análisis de los dos sectores de pertenencia más predominantes de de la facción unitaria: los hombres de la pluma y los de la espada.

En el llamado período rivadaviano (1821-1827), dentro de la facción centralista, se advierte un dominio del componente cívico-institucional sobre el castrense, mientras que en el momento consiguiente (1827-1831), en un clima de extremada faccionalización y contienda, se imponía gradualmente mayor preponderancia del sector militar –aunque en colaboración con algunos intelectuales- en detrimento del influjo civil. Esta transformación era indicada por Valentín Gómez a Carlos María de Alvear, cuando en los albores de la guerra con el Brasil le decía: “El conflicto de nuestro país crece, y en tales circunstancias, todos vuelven los ojos a los hombres de acción”<sup>22</sup>. La militarización social de Buenos Aires durante la primera década independentista llevó, entre otras cosas, a que fueran hombres de armas los que tuviesen el control político del naciente Estado, como lo demuestra el hecho de que haya estado en manos -de manera casi inalterada y continúa- de Saavedra, Alvear, Álvarez Thomas, Pueyrredón y Rondeau, situación que, por otro lado, llamó poco la

---

272. Sobre la opinión de Bagú al respecto, ver del autor: “Los unitarios. El partido de la unidad nacional”, en: *Unitarios y Federales*, A.A. V.V. Buenos Aires: Gránica, 1974, p. 41.

<sup>20</sup> Marcela Ternavasio señala al respecto que: “Aunque en la década de 1820 la Sala vio incorporarse a muchos miembros de la élite económica social -especialmente a algunos hacendados de la campaña, reticentes hasta ese momento a participar de la cosa pública- lo cierto es que no fueron ellos quienes guiaron el rumbo de las reformas implementadas”. En: **TERNAVASIO, Marcela**. “Construir poder y dividir poderes. Buenos Aires durante la “Feliz Experiencia” Rivadaviana”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 26, 3° Serie – 2° semestre de 2004, p. 38.

<sup>21</sup> Así se esfuerza en demostrarlo Sergio Bagú por medio de su sección documental, ver del autor: *El Plan Económico del Grupo Rivadaviano (1811-1827), su sentido y sus contradicciones, sus proyecciones sociales, sus enemigos, con una sección documental*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1966.

<sup>22</sup> Carta de Valentín Gómez a Carlos María de Alvear, 8 de enero de 1826. En: **RODRÍGUEZ, Gregorio**. *Contribución histórica y documental*. Tomo II. Buenos Aires: Pauser, 1922, p. 281.

atención en el marco de un contexto bélico de guerras paralelas de porteños contra monárquicos y artiguistas. Caído el Directorio (1819), la autonomía de las provincias permitió comenzar a gozar un clima de paz en algunas de ellas, siendo Buenos Aires una de las más beneficiadas.

En tiempos rivadavianos, las reformas que bajo ese régimen se apadrinaron en el orden castrense sirvieron, en parte, para debilitar el influjo predominante del que se habían beneficiado los militares hasta ese entonces. Entre los ámbitos intelectuales, como la Logia Veleper o la Sociedad Literaria, existía un marcado tinte antimilitarista. Dentro de la última institución, Ángel Saravia llegó a decir que la iniciativa de tener “una milicia permanente contrariaba los principios de igualdad y contrariaba los sentimientos que debían inspirar a los ciudadanos, porque hacía a los hombres esclavos”<sup>23</sup>. En tanto Juan Ignacio Gorriti estaba convencido de que “la organización del ejército permanente y mantenido a sueldo, fue una invención de la tiranía, no para atender a la seguridad exterior del Estado sino para subyugar a los ciudadanos [...] recorramos las desgracias de quince años, y veremos que todas ellas han nacido de la organización de los ejércitos”<sup>24</sup>. Otro órgano de la intelectualidad porteña que luego tendría inclinaciones por el unitarismo fue el periódico *La Abeja Argentina*. En él, con una mirada retrospectiva a la época revolucionaria, se alegaba:

“[...] el estado de guerra, en que vivíamos, nos obligó a depositar casi siempre el poder en manos de un militar, que como está en nuestra naturaleza de las cosas, dispensó a los de su clase una protección especial. De aquí ha resultado, que en todo el curso de la revolución hemos vivido bajo una verdadera aristocracia militar, la más temible de todas las aristocracias.”<sup>25</sup>

Es que, para algunos testigos de época, Rivadavia era “padre de este incipiente sistema de orden y virtud, con su influencia creciente se ha convertido en el hombre indispensable para hacer efectivas ideas que tienen todo el apoyo de la opinión pública. De predominar estos principios, ello significa la prevalencia de la influencia civil sobre la militar”<sup>26</sup>. Así como las reformas en el clero conllevaron el temor de que los sectores sociales más conservadores pudiesen revelarse, las que se dieron en el ámbito marcial podían promover una peligrosa disconformidad dentro del ejército, tal como se refleja en las memorias de Ignacio Álvarez Thomas<sup>27</sup>. Sin embargo, era el precio que debía pagarse para entrar en una nueva era, tal como se manifestaba en el órgano que podríamos considerar la expresión más pura del pensamiento de los hombres de la pluma de ese momento, *El Argos de Buenos Aires*. Sus ilustrados editores se jactaban del siguiente modo: “Época venturosa! En que empezó a cumplirse la profunda máxima del célebre Platón; los pueblos son felices cuando

---

<sup>23</sup> **IBARGUREN, Carlos.** *Las Sociedades Literarias y la Revolución Argentina (1800-1825)*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1937, p. 133.

<sup>24</sup> **Asambleas constituyentes argentinas.** Emilio Ravignani dir., Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras. (periodo 1824-1827, Tomo I) Universidad de Buenos Aires, 1937, p. 32.

<sup>25</sup> *La Abeja Argentina*, 15 de agosto de 1822, publicaciones antiguas, Hemeroteca, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

<sup>26</sup> **FORBES, John Murray.** *Once años en Buenos Aires, 1820-1831*. Buenos Aires: Emecé, 1956, p. 137.

<sup>27</sup> **ÁLVAREZ THOMAS, Ignacio.** Memorando para mi familia. Biblioteca de Mayo. *Colección de obras y documentos para la Historia Argentina*, Senado de la Nación, (tomos I-III), Buenos Aires, 1960.

p 1732

gobiernan los filósofos, o filosofan los que gobiernan”<sup>28</sup>. E irían más allá cuando le advertirían a los hombres del gobierno: “Habéis colocado ya las primeras piedras del suntuoso edificio social”<sup>29</sup>.

Dos meses más tarde de la publicación que explicitaba el predominio de los hombres ilustrados sobre los hombres de armas, el ministro Rivadavia recibía una carta de su par de Guerra, Fernández de la Cruz. En ella, el militar no sólo le relataba algunos pormenores de la campaña que se encontraba realizando contra los indígenas en los dominios de Tandil, sino que lo felicitaba por la eficiente represión de la revuelta de Tagle, mientras que le aseguraba “que por parte de este ejército debe contarse con la ciega sumisión de un militar”<sup>30</sup>. Es que, como se aseguraba poco más arriba, Rivadavia pensaba en sostener su gestión mediante el apoyo de la opinión pública y no por la fuerza de las bayonetas. La revuelta de Tagle le había mostrado justamente que de las bayonetas no se podía fiar, pero tampoco prescindir. La mala organización y la falta de apoyo popular fueron los únicos motivos que explican el fracaso del movimiento levantisco, puesto que si bien es cierto que el grueso de las tropas se encontraba acantonado en la campaña, el gobierno asentado en Buenos Aires no gozaba del respaldo de fuerzas lo suficientemente considerables como para mantenerse incólume ante una adversidad similar; la suerte le había sonreído esa vez, con algo de azar. Esa animadversión también se refleja en la mala relación que Rivadavia - y su grupo- mantuvo con el general San Martín o con el mismo Bolívar. Gregorio Funes estaba convencido de que “desde la entrada al ministerio de los señores Rivadavia y García fue la base más sólida de su sistema de destruir los cuerpos militares y sustituir el espíritu marcial por el mercantil”<sup>31</sup>. Si bien eso no fue necesariamente cierto, al menos así fue percibido por algunos sectores políticos. Los unitarios creían que la hora de la espada había acabado, o al menos así lo creyeron hasta antes de comenzar el conflicto con el Imperio del Brasil<sup>32</sup>. En una entrevista que había mantenido Forbes –representante norteamericano en Buenos Aires- con Rivadavia, éste último le habría confesado que “El Gobierno ha tomado medidas para prevenir la posibilidad de ser derrocado por la fuerza, pero sus miembros están resueltos a retirarse de la función pública si llega a establecerse que no cuentan con el apoyo de la opinión pública”<sup>33</sup>.

Con la revuelta de Lavalle (diciembre de 1828) los unitarios tomaron nuevamente el poder. El debate volvía a colarse, el flamante gobernador demostraba que aquellos intelectuales del partido no podían dominar la situación por sí solos. A partir de allí deberían tornar en auxiliares de los militares, aunque aún la tensión era latente. A fines de ese mes, en el *British Packet* –periódico de la comunidad británica en Buenos Aires- se podía seguir, ilustrando lo antedicho, la fábula de “La Espada y la Pluma”<sup>34</sup>. El relato refería la disputa entre ambos objetos por ver quién merecía el lugar principal de la casa, y

---

<sup>28</sup> *El Argos de Buenos Aires*, primero de enero de 1823, Museo Mitre.

<sup>29</sup> *Ibidem*.

<sup>30</sup> Carta de Fernández de la Cruz a Bernardino Rivadavia, inmediaciones de Tandil, 25 de marzo de 1823, Correspondencia de Bernardino Rivadavia, AGN, Sala VII, leg. 190.

<sup>31</sup> Carta de Gregorio Funes a Simón Bolívar, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1825, en: **SIERRA, Vicente, D.** *Historia de la Argentina*, tomo VII, p. 441.

<sup>32</sup> Así lo demuestra Rubén Darío Salas en: *Lenguaje, Estado y Poder en el Río de la Plata, 1816-1827*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1998, pp. 545-549.

<sup>33</sup> **FORBES, John Murray.** *Once años en Buenos Aires, 1820-1831*. Buenos Aires: Emecé, 1956, p. 200.

<sup>34</sup> *The British Packet*. 27 de diciembre de 1828. *De Rivadavia a Rosas, 1826-1832*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1976.

trenzándose en discusión, se enrostraban sus defectos. En plena querrela entre “La Espada” y “La Pluma”, pasaba casualmente una luciérnaga para “arrojar alguna luz”, y a modo de conclusión, se aconsejaba que la espada sólo debía desenvainarse cuando el país corría peligro externo, en tanto para todo lo demás, debía ejercer su influencia la benéfica pluma, aunque advertía y recomendaba que ésta última tampoco “pretenda inmiscuirse en asuntos militares, sino que se limite a su legítima esfera del gobierno y de la filosofía”. Parece claro que los actores de ese tiempo eran conscientes de la existencia de ambas “esferas”, y de la tensión que entre ellas se manifestaba.

A pesar de que Lavalle podía recibir el asesoramiento epistolar de hombres como Del Carril, Juan Cruz Varela o Bonifacio Gallardo, es evidente que la ausencia de una Sala de Representantes restaba influjo a los civiles en la toma de decisiones políticas. Tras el exilio unitario, para Iriarte, “los militares, cuya mayor parte se establecieron en la costa del Uruguay, no estaban en los mejores términos con los doctores de la ley, la constelación de sabios; estos les achacaban sus actuales desgracias; por la ineptitud e incapacidad de Lavalle durante la campaña de 1829”<sup>35</sup>. Sin embargo, los reproches también circulaban en el sentido contrario. Ante una alianza entre unitarios y federales doctrinarios –también en el exilio–, Olazabal le escribía a Iriarte sugiriéndole que si “al menos nos estrechásemos con los hombres de espada, con los hombres de acción; que esto era lo que más importaba por lo pronto; que después que cayese Rosas nos entenderíamos todos [...] pero que poniéndose de acuerdo los militares de ambas emigraciones, los únicos que habían de empuñar la espada, poco importaba lo demás”<sup>36</sup>. También, en una célebre carta que Florencio Varela le envió a Lavalle en plena campaña contra la Confederación rosista, y ante las supuestamente desacertadas decisiones en las que incurría este último, le confesaba “Yo creo, General, que Ud. se irrita con tales recriminaciones: puede ser que también se ría porque no soy militar, sino Doctor, título de algún desprecio en los campamentos [...] Por fatalidad la actual guerra es mucho más una guerra de política y de revolución, que una campaña militar y de estrategia”<sup>37</sup>. De aquí se desprenden dos aspectos. El primero, continúa demostrando el argumento que venimos sosteniendo: las discordancias que existían entre dos modos de comprender la realidad. Pero también, en la segunda frase, Varela, de modo solapado, le expresa al soldado que una guerra civil es un asunto verdaderamente complejo, y que con la sola fuerza de la espada no alcanza para vencer en la contienda.

*A priori*, acordamos con Halperín Donghi cuando señala que

“[...] la carrera militar se coronaba –en el contexto de la revolución rioplatense– en una carrera política en la que el jefe militar no actuaba exclusivamente como el representante de puntos de vista y los intereses corporativos del ejército, sino como un político al que su condición militar podía dar ocasionalmente medios de acción de los

---

<sup>35</sup> **IRIARTE, Tomás.** *Memorias. Luchas de Unitarios, federales y Mazorqueros en el Río de la Plata, Buenos Aires.* Buenos Aires: Ed. Argentinas, 1944, pp. 120-121.

<sup>36</sup> **IRIARTE, Tomás.** *Memorias. Luchas de Unitarios, federales y Mazorqueros en el Río de la Plata, Buenos Aires.* Buenos Aires: Ed. Argentinas, 1944, pp. 287-288.

<sup>37</sup> Carta de Florencio Varela a Juan Lavalle, Montevideo 4 de octubre de 1840. Documentación de Daniel Torres, AGN, Sala VII, legajos 1943/44.

que otros colegas carecían, pero cuya lealtad era exigida simultáneamente por alianzas familiares, solidaridades de logia secreta y coincidencias de facción.”<sup>38</sup>

De allí que las fricciones entre hombres de pluma y espada no hayan sido sólo dominio de la facción unitaria. Asimismo, no podemos pasar por alto las diferencias que existieron entre militares dentro de su propio seno, o entre intelectuales incluso dentro de la misma facción. Sin embargo, considerando lo expuesto, lo que se pretendió realizar hasta aquí es una argumentación que demostrara, con ejemplos ilustrativos, por un lado, cómo una facción se encontraba compuesta por diferentes sectores de pertenencia, y por otro, cómo dentro de ella existió una tensión que fue constante. Esbozada la problemática, ahora se intentará analizar la naturaleza de los dos principales sectores aludidos, los militares y los intelectuales, pero también, explicar cómo y por qué, a pesar de las diferencias y recelos, optaron por cooperar y permanecer, en muchos casos, unidos hasta la caída del rosismo y ulteriormente.

Comenzaremos con los hombres de la espada. Si antes observamos cómo el unitarismo había nacido de un grupo de “intelectuales”, es evidente que el componente militar que colaboró con dicha facción tuvo que haberse adherido con posterioridad. Lo primero que marcaremos, aunque centrándonos en la facción unitaria, es el abrupto proceso de militarización que se dio en la sociedad entera como consecuencia de las sangrientas guerras civiles. Esta tendencia no dejaría de acentuarse luego de finalizadas las contiendas que oponían a criollos con realistas, llegando a su clímax en tiempos rosistas, cuando el Estado, según Juan Carlos Garavaglia, llegó a volcar más del 65% de su presupuesto –con picos de hasta el 80%- en gastos bélicos<sup>39</sup>. Si analizamos de qué manera se fue plasmando la militarización de las elites unitarias a través de la prosopografía, debemos considerar algunos puntos. Antes que nada, que de 493 casos, prácticamente la mitad empuñó las armas en algún momento de sus vidas alistándose en el ejército.

Si dividimos a los unitarios en tres generaciones, podríamos observar con mucha mayor claridad el proceso de militarización aludido<sup>40</sup>. La primera generación la situaremos entre aquellos integrantes que nacieron antes de 1790. De alguna manera, podrían ser denominados los patriarcas del movimiento político, pues fueron quienes lo iniciaron. Entre ellos se destaca un elevado nivel de instrucción, resultando las universidades de Charcas, Chuquisaca, San Felipe y Córdoba las preferidas por sus integrantes. Menos de un tercio del total -29 sobre 99- se dedicó a la carrera de las armas, siendo la jurisprudencia y la vida clerical las otras actividades de mayor asiduidad. A su vez, algunos fueron funcionarios del gobierno virreinal, destacándose entre ellos Ignacio Álvarez Thomas, Juan Antonio Álvarez de Arenales, Alejo Castex, Manuel Antonio Castro, José Miguel Díaz Vélez, Juan José Paso y Valentín Gómez. Estuvieron presentes, en su mayor parte, en la defensa contra las invasiones inglesas y en el posterior proceso independentista. A pesar de que fueron quienes más protagonismo pudieron haber tenido en el proceso emancipador –el cual implicó la guerra directa contra los realistas-, la participación en el ramo de las armas no fue tan significativa como lo sería en la generación siguiente.

---

<sup>38</sup> **HALPERÍN DONGHI, T.** *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla.* Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, pp. 214-215.

<sup>39</sup> **GARAVAGLIA, Juan Carlos.** “La apoteosis del Leviathan: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”, en: *Latin American Research Review*, vol. 38, N°1 (2003), pp. 135-168.

<sup>40</sup> Si bien es lícito admitir cierta arbitrariedad al proponer dividir al unitarismo en tres generaciones, nos puede servir para comprender mejor el proceso.

En ella, ubicamos entonces a los nacidos entre 1790 y 1810. Dos aspectos principales deben destacarse sobre este grupo. Por un lado, su alto grado de militarización, un 62% - 121 sobre 193- tomó el camino de las armas. Si la generación previa puede considerarse como la de los letrados y eclesiásticos, los hombres de las ideas; entonces, la segunda, es la de los militares más prominentes: Rudecindo Alvarado, José Valentín Olavarría, Gregorio Aráoz de Lamadrid, Juan Madariaga, Wenceslao Paunero, José María Pirán, Juan E. Pedernera, Jerónimo Espejo, Ramón Deheza, Manuel Hornos, Juan Lavalle o José María Paz, entre otros. De 32 generales que aparecen en el registro prosopográfico, nada menos que 20 –es decir, el 62,5%- son fruto de esta generación. Para ellos, la “carrera de la revolución”, como denuncia con aire displicente Tomás de Iriarte, se había abierto venturosamente en las campañas independentistas y continuado luego en la guerra contra el Imperio del Brasil. El segundo aspecto que caracteriza a este grupo es el rol predominante que ocupó la flamante Universidad de Buenos Aires (1822) en la formación de aquellos que no habían optado por los avatares de la vida castrense. Junto a Rivadavia, Valentín Gómez y Julián Segundo de Agüero, jóvenes formados en la universidad porteña al igual que Francisco Pico, Florencio Varela, Manuel Bonifacio Gallardo, Francisco Delgado o Valentín Alsina, conformaron el *alma máter* del denominado grupo rivadaviano.

La tercera generación sea tal vez la más difícil de definir, y estuvo constituida por aquellos nacidos con posterioridad a 1810. A grandes rasgos, fueron hijos o sobrinos de unitarios, no conocieron a Rivadavia sino de oído, y gran parte de ellos –el 87%- padeció un temprano destierro. Pocos pudieron realizar estudios superiores –16%-, debido tanto al aletargamiento universitario característico de tiempos rosistas como a la inconsistencia que provocó el exilio. A causa de la alta polarización política y social, la mayor parte tomó las armas contra el régimen federal (casi el 60%). Se lanzaron sucesivamente en las campañas “redentoras” del general Lavalle (1840), de Aráoz de Lamadrid o del general Paz –incluida la defensa al sitio de Montevideo (1843-1851)-, sin haber tenido una destacada actuación previa. Su accionar estuvo más motivado por el odio hacia un régimen de cuyas consecuencias extraían amargas secuelas, que por ideas abstractas sobre sistemas políticos. En cuanto a la producción intelectual, se vieron ampliamente opacados por el brillo de la “generación del 37” –pues prefirieron mayoritariamente tomar las armas a la pluma-, aunque se vincularon más franca y estrechamente con ella, como indican sus regulares contactos con hombres como Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López o Domingo F. Sarmiento. Luego de la caída del rosismo (1852), sus actuaciones no resultaron del todo descollantes; entre los porteños, una leve mayoría siguió bajo las filas del mitrismo o del alsinismo, mientras observamos similares proporciones en el apoyo prestado por los provincianos al general Urquiza. Hubo algunos, como José María Bustillo, que llegaron a combatir en la guerra del Paraguay (1864-1870), ocuparon plazas como diputados nacionales e incluso traspasaron el umbral decimonónico con la suficiente holgura como para poder acariciar los festejos por el centenario de la independencia.

Los militares no cumplieron un rol destacado en los ámbitos deliberativos de la política, como las Asambleas Constituyentes o las Salas de Representantes<sup>41</sup>. Se encontraban más

---

<sup>41</sup> Eso no significa que no hayan existido numerosísimos casos que contraríen lo expuesto. Sin embargo, como se decía, no era su ámbito natural. Por dar un ejemplo ilustrativo, durante las Asambleas Constituyentes (1824-1827) Valentín Gómez discutió con Juan Ramón Balcarce, reprochándole su condición de “Diputado militar”. La respuesta del segundo pone en evidencia la argumentación que aquí se sostiene, cuando replica: “Señores, yo no he hecho mi carrera hablando de esta materia, y esto ya debían saberlo mis comitentes, y en ello tengo tenazmente fundada mi renuncia, sino en los campos de batalla donde con la espada en mano se

cómodos, por propia y evidente idiosincrasia, en los mandos ejecutivos. Por citar un ejemplo, de los 82 gobernadores unitarios<sup>42</sup> que figuran en nuestra base, 36 fueron militares, lo que representa el 44% del total. La cifra no debe sorprendernos en lo más mínimo por varias razones, pero principalmente por la facilidad con que podían llegar a acceder a esos cargos. Los hubo gobernadores-intendentes, teniente-gobernadores y gobernadores interinos. Los podía elegir la Sala de Representantes, podían ser impuestos por un caudillo allende las fronteras provinciales, por un gobierno central, o su designación podía ser fruto de una revuelta popular, una asonada militar, o un acuerdo informal entre un gobernador saliente y uno entrante. Muchos de ellos lo fueron en más de una ocasión, y en la mayoría de los casos sus cargos se computan más en meses que en años, y hasta en días. Lo que refleja no sólo la gran inestabilidad de las instituciones, sino también, cómo la política resultaba el ámbito natural en donde confluían militares y civiles, que en última instancia, es lo que aquí se pretende reflejar.

La militarización de la facción no escapaba a un fenómeno más extenso en el orden social. Pero lo que aún no hemos abordado, son los motivos que llevaron a que una gran parte del ejército profesional –tal vez en su mayoría- haya optado por plegarse en sus filas. Cada uno de los miembros que integraron este movimiento político lo hizo por razones particulares, y sería imposible analizarlas personalmente. Lo mismo cabe para los militares que se incorporaron al unitarismo. Sin embargo, intentaremos presentar algunas hipótesis que nos ayuden a comprender los alicientes que pudieron subyacer en esa trascendental opción personal desde una perspectiva grupal.

El primero y más obvio de los motivos es el que se relaciona con lo que podríamos definir como autoridad y obediencia, en otras palabras, la verticalidad del ejército obligaba a los soldados rasos a seguir las directivas de la oficialidad. En el caso de los regimientos más profesionalizados, la autoridad de los cuadros directivos no podía ser jamás cuestionada. En los regimientos donde la informalidad cundía –Alejandro Rabinovich distingue entre ejércitos con mayor “cohesión” y otros con mayor “flexibilidad”<sup>43</sup>-, la atracción o el carisma del líder era, por el contrario, lo que hacía que los subordinados se plegaran a la voluntad del superior. Algunos recientes trabajos cuestionan la “pasividad” de los sectores rasos del ejército a obedecer sin más la orden de sus jefes, sobre todo, en lo que respecta a ejércitos subordinados a un líder carismático o caudillo<sup>44</sup>. Aunque pudo haber sido así, sugerimos que era la oficialidad la que gozaba aún de mayor margen de maniobra. Pero vayamos más lejos, pues existieron otras razones. Hasta aquí, podemos imaginarnos el rol de la verticalidad en el ejército como una causa principal en aras de comprender la inclusión a la facción de los sectores rasos, y hasta cierto punto, de la oficialidad del

---

decide la suerte de los hombres, y de los imperios”. En: **Asambleas constituyentes argentinas**. Emilio Ravignani dir., Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras. (período 1824-1827, Tomo I) Universidad de Buenos Aires, 1937, pp. 856-857.

<sup>42</sup> En este caso, por “gobernadores unitarios” se entiende aquellos que simpatizaron o colaboraron constantemente con la facción, ya sea que hayan ejercido su investidura con anterioridad a la existencia de esta tendencia, o con posterioridad. Si bien no son numerosos estos casos, podemos citar, para dar ejemplos, a Juan Nicolás de Tula y Avellaneda –padre de Marco Avellaneda y abuelo del futuro presidente Nicolás Avellaneda-, en tanto teniente-gobernador de Catamarca en 1817, o a Valentín Alsina, que fuera gobernador de Buenos Aires en 1857.

<sup>43</sup> **RABINOVICH, Alejandro Martín**. *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires au Rio de la Plata, 1806-1852*. Tesis de doctorado (2010). École des Hautes Études en Sciences Sociales, p. 175.

<sup>44</sup> **FRADKIN, Raúl O.** (ed.) *¿Y el pueblo dónde está?* Buenos Aires: Prometeo, 2009.

ejército. Pero aún resta comprender cómo se dio ese proceso en su misma cúpula, lo que no es para nada anodino, considerando que desde ese vértice hacia abajo se comandaba la acción colectiva. En este punto, hay tres aspectos a considerar: las motivaciones ideológicas, las causales aleatorias y las redes relacionales. Nos detendremos en el primer punto.

Una gran mayoría del ejército regular nutrió las filas unitarias. Generalmente, se suele contraponer, en yuxtaposición a un imaginario que lo legitima, un ejército profesional “a la europea” y adicto al unitarismo, con otro de guerrilla o montonera, proclive a los dictados de la Federación. Sarmiento, en *Civilización y Barbarie*, coteja las virtudes del unitario general Paz con las del federal Quiroga. El primero representaba un “militar a la europea” que “no cree en el valor solo si no se subordina a la táctica, la estrategia y la disciplina”. Luego agrega: “es artillero, y, por tanto, matemático, científico, calculador. Una batalla es un problema que resolverá por ecuaciones, hasta daros la incógnita, que es la victoria”<sup>45</sup>. El segundo, Quiroga, fue un caudillo, amo de la caballería, valiente como un soldado medieval, rey de la improvisación. Por ende, los valores antitéticos de civilización-barbarie, de urbanización-campaña, se trasladan a las formas de combate y al ordenamiento de los ejércitos. Aunque llevada al extremo –como mucho de lo que hacía el pensador sanjuanino–, la idea de Sarmiento no es del todo equivocada. La abrumadora mayoría de los soldados que integran la base de datos con la que trabajamos nacieron en núcleos urbanos<sup>46</sup>. Si bien en el interior, y sobre todo en las campañas que abrirían desde sus respectivos lugares de exilio, los unitarios aprenderían a convivir con los caudillos provincianos -y más aún, a necesitarlos-, muchos de éstos obraban contra sus equivalentes federales por lógicas que exceden principios ideológicos o culturales. Con esto se quiere decir que los primigenios ejércitos que respondieron al unitarismo fueron del tipo “profesional”, y que luego, por medio de coaliciones –en su mayoría temporarias, como las acordadas con “Mascarilla” López, el “Chacho” Peñaloza, Ricardo López Jordán, Tomás Brizuela, etc.-, y por necesidades propias de la guerra, ampliaron dicha matriz inicial.

Desde el inicio del proceso emancipador existieron en el ámbito rioplatense, por decirlo de algún modo, tres grandes “escuelas” dentro del ejército. La de José de San Martín, fraguada, en gran parte, durante las campañas en Chile, Perú y otras latitudes latinoamericanas. La de Manuel Belgrano, principalmente asociada a las batallas en el Alto Perú. Y, finalmente, la del caudillo oriental José Gervasio Artigas, de la que se nutrieron otros tantos caudillos litorales como Rivera, Lavalleja, Ramírez o Estanislao López. Es evidente que esta última corriente no fue forjadora de soldados unitarios, la clara impronta federal de Artigas continuaría en sus prosélitos. Por el contrario, ni Belgrano ni San Martín dieron manifiestas muestras de apoyo a una facción determinada<sup>47</sup>, sin embargo, la mayoría de la oficialidad que se formó con ellos terminó –salvo raras excepciones– en las filas

---

<sup>45</sup> **SARMIENTO, Domingo F.** *Facundo*. Buenos Aires: Altamira, 2001, pp. 130-131.

<sup>46</sup> Base que, por otro lado, reúne principalmente a oficiales. La vida de los soldados rasos ha contado con poetas que los han enaltecido como grupo, pero los archivos y los diccionarios biográficos que de ellos se nutren, nos hablan sólo de la oficialidad.

<sup>47</sup> La historiografía liberal y revisionista han combatido para ver en el uno y en el otro, defensores de los idearios de sus respectivas facciones predilectas. Si Belgrano fue partidario del régimen directorial, murió antes de ver conformado al unitarismo, pero en todo caso, jamás sintió simpatías por el federalismo artiguista, el cual combatió. El caso de San Martín es algo más complejo, puesto que valoraba algunas características de la política rosista –por ejemplo, la defensa de la soberanía nacional–, pero despreciaba otras, como la falta de garantías individuales.

unitarias –tal vez la mayor proporción- o en las federales doctrinarias. Tanto San Martín como Belgrano inculcaron en sus tropas el amor al orden y un comportamiento que respetase las jerarquías del ejército profesional, así como las instituciones que los sostenían y respaldaban<sup>48</sup>.

Es importante aquí, recalcar dos puntos. El primero es el que se relaciona a las reivindicaciones. Los ejércitos unitarios siempre se proclamaron como los auténticos herederos de las proezas y de la gloria que las fuerzas patriotas habían conquistado a través de las campañas independentistas. Se reconocían hijos legítimos de la escuela militar iniciada por San Martín y Belgrano<sup>49</sup>. Incluso, los colores unitarios por excelencia, celeste y blanco, se relacionaban con la bandera que había ideado este último en febrero de 1812. El segundo punto radica en el “odio” compartido por ambas escuelas hacia el caudillismo, generalmente asociado al federalismo. De este modo, es dable suponer -aunque de difícil comprobación- que gran parte de este sentimiento en apoyo a un sistema político basado en una fuerte autoridad, y contrario a un comportamiento político fragmentario, “caudillezco” y “montonero”, haya sido absorbido gradualmente por sus subordinados.

Sobre 261 casos de unitarios que empuñaron la espada, 16,5% (43) siguieron las campañas de San Martín en compañía de Gregorio Las Heras y Arenales. A su vez, casi el 32% (83) participó de las guerras independentistas que se desarrollaron aquende los Andes y en el Alto Perú, bajo influencia de Belgrano pero también de Ramón Balcarce, Álvarez Thomas, Rondeau y Martín Rodríguez. En otras palabras, casi un soldado unitario sobre dos fue forjado por una de las “escuelas” mencionadas y recibió la instrucción del ejército profesional<sup>50</sup>. Las campañas que financió el estado provincial bonaerense y comandó personalmente su gobernador, Martín Rodríguez, contra los indígenas pampas entre 1822 y 1824, también nuclearon parte de la oficialidad que luego respondería a los intereses unitarios: Francisco Fernández de la Cruz, Anacleto Medina, Federico Rauch, Martiniano Chilavert, Juan Lavalle, Manuel Correa, Gregorio Aráoz de Lamadrid, entre otros<sup>51</sup>.

---

<sup>48</sup> San Martín decía, por ejemplo, “Yo no quiero emplear en el ejército a esos militares que aman más a su caudillo que a la causa que sirven”. En: **BARROS ARANA, Diego**. *Historia general de la Independencia de Chile*. 18 tomos. Santiago: Editorial Universitaria, 1957, Tomo IV, cap V, p. 99.

<sup>49</sup> Por citar un caso, reproducimos las proclamas que hicieron los unitarios en la campaña fallida en Entre Ríos, en 1831: “Aquí tenéis, entrerrianos, a vuestro lado gran parte de los jefes valientes; que dieron la independencia al país: los veteranos de Ituzaingó: ayudadlos a exterminar la anarquía y muy pronto habrá nación, gozarán de ella vuestros hijos, y vosotros y ellos podrán repetir para siempre: ¡Viva la libertad de Entre Ríos! ¡Viva la República Argentina! ¡Viva el general Paz, y el ejército libertador de la Patria!”. Proclama redactada por Manuel Bonifacio Gallardo. Carta de Del Carril a Pico, 10 de marzo de 1831. **Fondo Francisco Pico**, Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Argentina.

<sup>50</sup> Quisiera advertir que por “soldado unitario” aquí se entiende a alguien que participó reiteradamente en colaboración con la facción aludida. Una sola actuación aislada pudo haber sido accidental, pero no así cuando ésta se repite a lo largo del tiempo, lo que implica una racionalidad del acto y un compromiso más tangible y perdurable. Esa lealtad a la facción no tiene por qué tener correlato en el terreno ideológico –más aún cuando se trata de un militar-, pues puede deberse a fidelidades clientelares u otros variopintos motivos; sin embargo, eso no deslegitima un ápice su inclusión en dicho movimiento faccioso.

<sup>51</sup> Para Martín Rodríguez, “La experiencia de todo lo hecho nos enseña el medio de manejarse con estos hombres: ella nos guía al convencimiento que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio. Hemos oído muchas veces a genios más filantrópicos la susceptibilidad de su civilización e industria, y lo fácil de su seducción a la amistad. Sería un error permanecer en un concepto de esta naturaleza y tal vez perjudicial.” **RODRÍGUEZ, Martín**. *Diario de la expedición al desierto*. Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1969, p. 67. Mientras que la postura de Rosas no podría ser más antitética: ““Es verdad que los sucesos prósperos que obtuvo el coronel Rauch en las dos entradas que hizo a los indios, fueron y han sido de bastante importancia

La guerra contra el Imperio del Brasil (1825-1828) constituyó, sin embargo, el verdadero punto de inflexión. Pues, mientras ella transcurría, en Buenos Aires se desarrollaban las Asambleas Constituyentes, y las disputas entre unitarios y federales comenzaron a tener forma definitiva, lo que implicaba que de allí en adelante, resultaría en extremo difícil mantenerse al margen de alguna de las principales facciones en litigio. De esta larga y penosa campaña miliar, podemos extraer algunos importantes aspectos. Por un lado, al ejército le costó sobremanera aglutinarse. Llegaron contingentes muy variados: algunos de ellos procedentes del interior, principalmente de Mendoza, Salta y Córdoba. Otros, fueron llegando de las campañas independentistas del Perú, Ecuador y Alto Perú. Pero también, de la frontera indígena, mientras que además lo hicieron del Litoral, y de la misma Banda Oriental. Muchas de las provincias interiores mandaron poca tropa, o bien ninguna, ya sea por problemas económicos, militares, e incluso facciosos. Toda esa heterogeneidad en el ejército debía ser subordinada a una sola cabeza, la del general Carlos María de Alvear. Podríamos decir que si el Congreso Constituyente, que transcurría en paralelo, sirvió para brindarle al unitarismo –y también al federalismo– un marco para lograr un alcance interprovincial, la guerra contra el Imperio del Brasil hizo otro tanto en relación a los hombres de armas. Más del 40% de los soldados unitarios de nuestra base franquearon la traumática experiencia de la guerra contra el Brasil. Pasaron muchos y trascendentales hechos históricos en ese breve lapso temporal que no podrían evitar dejar secuelas: la llegada a la presidencia de Rivadavia, el inicio y la profundización de la guerra civil, el descalabro unitario, el gobierno provincial de Dorrego, y en sus postrimerías, la revuelta de Lavalle. ¿Cómo afectaron esos sucesos a la “unitarización” de gran parte del ejército?

Existieron formas de comunicación entre Buenos Aires y los altos mandos. Esa información pasaba a la oficialidad, y a veces, de ésta a los sectores subalternos que nutrían los escalafones más bajos<sup>52</sup>. Todo lo que transcurría en la capital, repercutía con alguna fuerza en el ejército. Según José María Todd, sobreviviente de esa campaña militar, Rivadavia tenía una “aceptación unánime” dentro del ejército, que sólo fue alterada cuando se vio obligado a renunciar. Además, “se decía con bastante insistencia, que Dorrego quería la destrucción de nuestro Ejército, porque lo consideraba enemigo de su política”<sup>53</sup>. La oposición que le hacía éste último a Rivadavia desde el Congreso era severamente reprobada por dos coroneles que serían elevados a generales en el transcurso de la guerra, además de que gozaban de gran influjo en sectores del ejército bastante diferenciados: José

---

para la seguridad de nuestra provincia. Mas estos sucesos habían sido apoyados en los progresos que iba haciendo la negociación pacífica con los indios [luego asegura que...] “Fue preciso asegurar el alimento a las naciones de indios que se fuesen presentando, para dar lugar a inspirarles el amor al trabajo (...) con esta simple medida, y con los demás medios de persuasión y confianza que empleó el comisionado, no tardaron en verse útiles resultados. Un sin número de caciques vinieron a establecer sus tolderías entre nosotros.”

**ROSAS, Juan Manuel.** *Observaciones referidas a la población y fortaleza de Bahía Blanca*, 1828.

<sup>52</sup> Así queda al menos en evidencia en una carta que le remite el general Alvear al ministro de Guerra Fernández de la Cruz cuando le observa, en relación a la guerra civil por la que atravesaba paralelamente el país, que en la tropa “el contagio de las disidencias políticas se comunica”. En otra misiva, enviada por Valentín Gómez a su buen amigo el general Alvear, le comenta que Dorrego y los opositores del gobierno difaman su persona y a los miembros de la administración en el periódico llamado *Tribuno*, y que “Lo hacen circular con empeño por todas partes, y no dejarán de ir ejemplares a ese ejército. Trabajarán incesantemente en introducir en él, la división”. **RODRÍGUEZ, Gregorio.** *Contribución histórica y documental*. Tomo II. Buenos Aires: Pauser, 1922, para la primera epístola, ver: p. 236, para la segunda, p. 294.

<sup>53</sup> **TODD, José María.** *Recuerdos del ejército de operaciones del Brasil*. Salta, 1892, p. 54.

María Paz entre los hombres del interior -él mismo había instruido esas tropas-, y Juan Lavalle entre aquellos veteranos de las campañas de San Martín. Incluso, alguna fuente nos dice que estos últimos se encontraban agrupados a través de una organización secreta, y que resentían la preeminencia de la alta oficialidad que no poseía ni su larga experiencia militar, ni su formación “académica”. En la mesa de oficiales –siempre abundante y bien provista-, una noche, luego de abiertas varias botellas, los oficiales que habían luchado en las lides emancipadoras:

“Pedían la palabra con la copa en la mano, y precedían a su propio elogio, diciendo que ellos habían ganado sus charreteras en la Guerra de la Independencia, y no como otros, habían conseguido más altos grados, escribiendo en las oficinas, o levantando y acuadrillando montoneras, para asaltar las autoridades y obtener altos grados militares, que hoy ostentaban con orgullo.”<sup>54</sup>

Esa tensión, que era real y apuntaba contra la falta de profesionalismo de algunos oficiales, -y también, en ocasiones, del mismo general Alvear<sup>55</sup>- se reforzó aún más a raíz de la escasa subordinación que prestaban los caudillos orientales Rivera y Lavalleja a las autoridades argentinas. Pero también, debido a la falta de colaboración de sus pares del Litoral, de tendencia abiertamente federalista, lo que provocó, por otro lado, que la misma guerra se “unitarizara”. Superadas las grandes batallas, y con el federal Dorrego en el gobierno porteño:

“Un año hacía ya que el ejército permanecía en sus cuarteles del “Cerro Largo”, y los vencedores del Bacacay, Ombú, Ituzaingó, y Yerbal, no habían recibido el más pequeño auxilio para remediar en algún tanto su espantosa desnudez ni alcanzado siquiera la más pequeña demostración de que sus servicios eran apreciados.”<sup>56</sup>

La imposibilidad que tenía el gobierno de abastecer a sus tropas –problema que se arrastraba de la gestión previa<sup>57</sup>-, a causa de la desastrosa situación financiera, aumentaba el rencor de entre los soldados. Pero además, la paz con el enemigo que se vio obligado a promover Dorrego –quien antes había sido el mayor paladín de la postura belicista- legó una situación que, de algún modo, dejaba la amarga sensación de que las victorias de poco habían servido, y logró encender aún más el encono generalizado hacia su persona y hacia la facción política que lo sostenía.

Dos focos revolucionarios acecharon, entre fines de 1828 y 1829, los gobiernos de Buenos Aires y Córdoba. Uno estuvo al mando de Lavalle y el otro al de Paz, quienes fueron proclamados flamantes gobernadores al despojar de sus investiduras a los federales Dorrego y Bustos, respectivamente. Sus contingentes se habían nutrido con los

---

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 17.

<sup>55</sup> Así se comprueba, en numerosas oportunidades, a lo largo de los tediosos relatos de un actor que participó, hasta su muerte, en dicha contienda: **BRANDSEN, Federico**. *Escritos del Coronel*. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de billetes de Banco, 1910.

<sup>56</sup> **LACASA, Pedro**. *Biografía del general D. Juan Lavalle*. Buenos Aires, 1858, p. 43.

<sup>57</sup> Como se pone claramente de manifiesto en el comunicado que le envió el general Alvear al ministro de Guerra Fernández de la Cruz, el 16 de octubre de 1826, desnudando las necesidades materiales imperiosas de un ejército muy venido a menos. **RODRÍGUEZ, Gregorio**. *Contribución histórica y documental*. Tomo II. Buenos Aires: Pauser, 1922, pp. 204-207

descontentos veteranos de la guerra contra el Imperio del Brasil. De los 107 soldados unitarios registrados en nuestra base que combatieron allí, más del 96% tomó luego las armas sosteniendo a Paz o a Lavalle. Del total de este último porcentaje, un 46% lo hizo por el primero y 54% por el segundo, conformando, en su mayor parte, la oficialidad del ejército unitario. De este modo, hemos intentado analizar los diversos motivos que pudieron haber colaborado a que un sector importante del ejército, el más profesionalizado e institucionalizado, haya decidido sumarse a la facción centralista. Ahora volcaremos la atención hacia el otro sector que compuso el núcleo del unitarismo.

El sector de los letrados no reviste las mismas problemáticas que los que compusieron el ejército. Por lo pronto, la cantidad de sus integrantes fue mucho más reducida, pero no menos influyente, y bastante más amplia que lo que se denomina estrictamente como “grupo rivadaviano”, que se limitó al reducido confín porteño. La pluma era tomada no sólo para escribir poesías, sino también para difundir sus ideas y empapar de tinta las páginas de la prensa, colaborar en alguna agrupación literaria, reflexionar en aras de redactar una nueva constitución, o inclusive, prestar su caligrafía al servicio de un bufete de abogados o redactar –y readaptar- los manuales universitarios. Algo distinguió a los intelectuales unitarios de la generación subsecuente, la del 37: no dejaron para la posteridad grandes obras escritas, ni doctrinarias, ni literarias –con la excepción de los hermanos Varela-. De allí que su pensamiento pueda catalogarse de enigmático, fragmentario, o al decir de Jorge Myers, “ecléctico”. Tres conceptos aparecen como una constante en los testimonios de época, que dan cuenta de los imaginarios y modos de proceder de ese grupo de pertenencia: su gran ilustración, su fascinación por lo europeo y cierta arrogancia en sus modos de actuar, en parte, derivados de lo anterior. Exploremos estos tres puntos.

Iriarte caracteriza a los unitarios señalando que:

“Entre aquellos hombres se encontraban muchos de saber, pero estaban fanatizados, dominados por la moda, porque moda era imitar a Rivadavia hasta en sus gestos, en el metal de su voz hueca, campanuda y prepotente; y en su modo de decir cáustico, incisivo; sus decisiones sin apelación, sin réplica. Concluyeron por hacerse insoportables; y los aspirantes, los revoltosos tuvieron un vasto campo para poner en ridículo, y hacerlos detestables ante el bajo pueblo.”<sup>58</sup>

Dos puntos pretendemos retener de la frase anterior. Por un lado, la existencia de un estereotipo de unitario que se caracterizaba por gestos, expresiones, movimientos, e incluso un registro o timbre particular de la voz. Por el otro, el rechazo que generaba ante la sociedad –especialmente el bajo pueblo- esta forma de comportamiento. Con respecto a lo primero, Domingo F. Sarmiento, que en su juventud también había conocido de cerca a los miembros del bando centralista, los retrataría casi con las mismas palabras de Iriarte:

“Estos unitarios del año 25 forman un tipo separado, que nosotros sabemos distinguir por la figura, por los modales, por el tono de la voz y por las ideas [...] El unitario tipo marcha derecho, la cabeza alta, no da vuelta, aunque sienta desplomarse un edificio; habla con arrogancia; completa la frase con gestos desdeñosos y ademanes concluyentes; tiene ideas fijas, invariables [...]”<sup>59</sup>

---

<sup>58</sup> **IRIARTE, Tomás.** *Memorias. Rivadavia, Monroe y la guerra Argentino-Brasileña.* Buenos Aires: Ed. Argentinas, 1944p. 54.

<sup>59</sup> **SARMIENTO, Domingo F.** *Facundo,* Buenos Aires: Altamira, 2001, p. 105.

En ese grupo existió también una suerte de fascinación por todo lo que provenía de Europa, que los posteriores historiadores revisionistas achacarían a una falta de “leso americanismo”, o incluso a la ausencia de un sentimiento nacional. Creemos ver dos explicaciones para ello. La primera, nos remite al habitual gusto de los intelectuales por nutrirse de nuevas ideas provenientes del corazón mismo de donde ellas brotan. Algunos de los funcionarios afines al unitarismo se desempeñaron en misiones diplomáticas o comerciales en el exterior –Esteban de Luca, Valentín Gómez, Bernardino Rivadavia, Ignacio Núñez, Juan Francisco Gil, José Ignacio Garmendia, etc.-, y gracias a ellas pudieron incorporar conocimientos, realizar estudios, adquirir bibliografía o generar vínculos con intelectuales de diversos países<sup>60</sup>. El caso más paradigmático –y fructífero- lo constituyó el mismo Bernardino Rivadavia. En base a los ricos contactos que entabló en sus viajes por los distintos países del viejo continente –como se dijo, con hombres de la talla de Benjamín Constant, Jeremy Bentham, el Marqués de Lafayette o Alejandro Humboldt-pretendió incorporar a una serie de técnicos, docentes e intelectuales europeos para que colaboraran tanto en la gestión gubernativa como en la docencia universitaria y en la prensa<sup>61</sup>. Su objetivo consistía en impulsar, transformar y materializar el desarrollo social y económico de un país al que consideraba con grandes potencialidades de progreso. Fomentó, también, la inmigración europea, con el propósito de promover la agricultura, aunque con éxito relativo<sup>62</sup>.

Además del tópico de la arrogancia y la fascinación por lo europeo, existía la idea de que los unitarios, principalmente su intelectualidad, eran hombres muy poco pragmáticos, extremadamente teóricos, atados a las formas. Domingo F. Sarmiento fue un verdadero panegirista de su legado, sin embargo, los acusaba de haber “carecido en más alto grado de sentido práctico”<sup>63</sup>. Además, se señalaba que las reformas que había inspirado Rivadavia se adelantaron a un pueblo que no era aún apto para aprovecharlas en su justa medida<sup>64</sup>. El

---

<sup>60</sup> Sólo por dar un ejemplo de la atracción que sentía el círculo letrado por Europa -y su avidez por nuevas lecturas provenientes de allí-, reproduciremos la siguiente frase vertida en una correspondencia por Juan Madero a Bernardino Rivadavia, quien se encontraba en Inglaterra: “No puedo explicar a V. el sentimiento que me inspira la fatalidad de no poder gozar del teatro en que V. se halla: las lecturas de esos ilustres sabios de que V. hace mención honorable serían para mi lo que para el sediento es el agua”. Carta de Juan Madero a Rivadavia, Buenos Aires, 24 de enero de 1825. Correspondencia de Bernardino Rivadavia, **AGN**, S. VII, leg. 190.

<sup>61</sup> Entre estos, cabe destacar al célebre botánico Aimé Jacques Alexandre Goujaud “Bonpland”, a los ingenieros James Bevans, Carlos J. Rann y Carlos Pellegrini –padre del futuro presidente argentino-, a ilustrados hombres de letras como Pedro de Angelis y José Joaquín de Mora, al boticario y químico Carlos Ferraris, al médico Pedro Carta Molino, a los jardineros Alejandro Pablo Sack y Samuel Attevell, al matemático Octavio Fabricio Mossotti y al arquitecto Carlos Zucchi, entre otros.

<sup>62</sup> Iriarte nos lega sobre este aspecto una imagen sobre Rivadavia que luego sería, en lo profundo de su significado, compartida y reproducida por la historiografía que le fue adversa. De él cuenta que era “demasiado rígido en la aplicación de su sistema, y esto en un país que no estaba bien preparado para admitirlo; su manía era el optimismo, soñaba la utopía, y quiso sembrar en el país a fuerza de decretos las semillas que importó de Europa: sus frutos habían sido benéficos, pero Rivadavia no supo aclimatar la planta exótica”. **IRIARTE, Tomás. Memorias. Rivadavia, Monroe y la guerra Argentino-Brasileña**, p. 20.

<sup>63</sup> **SARMIENTO, Domingo F. Facundo**, p. 105.

<sup>64</sup> El célebre botánico Alcide D’Orbigny, quien tuvo ocasión de hospedarse varios días en la casa de Manuel José García, decía que Rivadavia había sido un “funcionario que debe reputación ciertamente como el verdadero regenerador de la patria, y cuyo solo defecto sea quizás el haber venido algunos años demasiado pronto y haber querido introducir reformas para las cuales no estaba aún enteramente en sazón el pueblo que de ellas debía gozar”. La idea que refleja D’Orbigny era compartida por mucha gente incluso ilustrada,

calificativo peyorativo de “ideólogos” que se les otorga en cuantiosas fuentes se relaciona con la imagen de cierta predilección por los entes abstractos sobre las realidades tangibles, que el antiguo ministro de Martín Rodríguez y su círculo proyectaban. Rivadavianos –y luego unitarios-, por influencias diversas, se apropiaron de sintagmas como “sistema liberal”, “principios liberales” o “instituciones liberales” para identificarse con ellos y presentarlos como la antítesis del despotismo, el conservadorismo y el caudillismo<sup>65</sup>.

Para el historiador Klaus Gallo, los mecanismos institucionales implementados por Rivadavia debían su principal influencia a las ideas del “radicalismo” inglés, principalmente de hombres de la talla de Jeremy Bentham –con quien se escribía con cierta regularidad- y de James y Stuart Mill, creadores del célebre pensamiento utilitarista<sup>66</sup>. Para Gallo, el utilitarismo y el radicalismo inglés se enmarcaban en una corriente reformista y progresista que no se correspondía con el liberalismo *strictu sensu* que dominaba en la corte británica, maniatada por las ideas de Burke y el contexto europeo de Restauración. Jorge Myers, estudioso de la cultura literaria del período, aunque califica al pensamiento rivadaviano de “ecléctico”, destaca como su principal influencia el legado borbónico reformista y liberal emprendido por la monarquía hispánica durante el ministerio del ilustrado Conde de Floridablanca<sup>67</sup>. Para Ricardo Piccirilli:

“El ejemplar rivadaviano no encaja en un exclusivo molde; el modelo proporcionado por el monarca Carlos III y sus ministros constituye una fuerte pincelada del cuadro, pero no es todo el cuadro [...] Un evidente objetivismo francés estructura sus empresas, y la cooperación intelectual de figuras prestigiosas del ambiente parisiense tales como Saulimier, Varagine, Gregoire y Dufresne Saint León, representan los consejos eficaces y las ideas vivas de no pocas resoluciones de su gobierno.”<sup>68</sup>

De impronta francesa, británica, hispánica, o tal vez, producto de una fusión de todas ellas, la veta liberal del unitarismo pudo haber constituido, posiblemente, una variable más determinante en su forma de pensar –y actuar- que la unidad de régimen o centralismo, de donde, sin embargo, derivó el apelativo de su agrupación política. A pesar de ello, el centralismo político es un factor que no puede despreciarse en el programa unitario. En el Manifiesto a la Junta de Representantes de 1820, desde el inicio de su gestión gubernamental, Rivadavia ya hablaba de “unión nacional” y de “dar una cabeza a estos miembros hoy separados, formar un centro común”<sup>69</sup>. Parece haber existido una suerte de

---

aunque debe admitirse que dicha conclusión fue acuñada luego del fracaso rivadaviano. **D’ORBIGNY, Alcide**. *Viaje pintoresco a las dos Américas, Asia y África*. Barcelona: Imprenta y librería de Juan Olivares, 1842, p. 244.

<sup>65</sup> **WASSERMAN, Fabio**. “Liberalismo/Liberal”, en: **GOLDMAN, Noemí** (editora). *Lenguaje y Revolución, conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires: Prometeo, 2008, pp. 67-82.

<sup>66</sup> **GALLO, Klaus**. “¿Reformismo radical o liberal?: La política rivadaviana en una era de conservadorismo europeo”, en: *Investigaciones y ensayos*, 49, Bs. As., A. N. H., 1999, pp. 287-313. Otra obra bien interesante sobre la temática la hallamos en: **WILLIFORD, MIRIAM**. *Jeremy Bentham on Spanish America: An Account of His Letters and Proposals to the New World*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1980.

<sup>67</sup> **MYERS, Jorge**. “La cultura literaria del periodo rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano”, en: *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*. (Aliata y Lacasa comp.). Buenos Aires: Eudeba, 1996.

<sup>68</sup> **PICCIRILLI, Ricardo**. *Rivadavia y su tiempo*. Buenos Aires: Peuser, 1943, p. 359.

<sup>69</sup> **LÓPEZ, Vicente Fidel**. *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*. Tomo IV. Buenos Aires: Carlos Casavalle, 1883, p. 482

“obligación moral” de ayudar a las provincias para que emprendieran, también ellas, un proceso de administración ordenado, progresivo y liberal:

“La provincia de Buenos Aires después de haber llenado su primer deber, esto es el restablecimiento de su orden interior, y el arreglo de sus negocios domésticos, no puede ser fría espectadora de los males que afligen; las demás provincias hermanas; y no solo está en sus intereses el remediarlos a costa de cualquier sacrificio, sino que una de las primeras obligaciones que su honor le impone es manifestar al mundo todo cuanto ha podido hacer a este respecto.”<sup>70</sup>

*El Correo de las Provincias* fue un periódico que sirvió de órgano no sólo para la unión definitiva de las distintas jurisdicciones, sino que también tenía el doble propósito de enterar al interior de lo que sucedía en el puerto –muchas publicaciones provincianas reproducían sus artículos-, y en el sentido inverso, instruir a Buenos Aires sobre lo que transcurría en las diferentes regiones del dilatado país. Se atacaba discursivamente a los gobernadores “caudillos”, y se colaboraba a promover las reformas que se estaban efectuando en Buenos Aires. El buen diálogo existente entre algunas publicaciones del interior y aquellas porteñas que reproducían la ideología unitaria y promovían un pronto congreso constituyente se condecía con los intereses de las elites del interior. Ellas se habían instruido junto a las de Buenos Aires, puesto que la universidad porteña no se crearía sino hasta 1821. De los unitarios incluidos en nuestra base de datos, 88 (18% del total) estudiaron en las universidades de San Felipe (Chile), Chuquisaca (Alto Perú), Córdoba y Buenos Aires. El 45% eran porteños, el restante 55%, originarios de las provincias. Por otro lado, 13% del total de unitarios colaboraron en la redacción de algún periódico. Algo más de la mitad de ese total (54%) estudió una carrera universitaria, lo que demuestra la estrechísima relación que existió entre formación superior, compromiso político y protagonismo en la prensa gráfica. Estos datos pueden ayudar a comprender mejor las formas de comunicación, los intereses comunes y las afinidades ideológicas que explican la conformación de una red de intelectuales que estuvo al servicio de la facción.

\* \* \*

\*

El eje central de nuestro trabajo se manifestó en las fricciones que existieron dentro del unitarismo entre sus dos esferas de pertenencia más marcadas, la de los militares y la de los hombres de las ideas o burócratas. Si no me hallo completamente convencido de la “autonomía” de dichas esferas, sí creo que se encontraban en proceso gradual de gestación; la propia tensión de la que hemos sido testigos por medio de las fuentes y testimonios nos inclinarían por esa afirmación. Gracias a la prosopografía, habíamos advertido un marcado

---

<sup>70</sup> *La Abeja Argentina*, 15 de abril de 1823, publicaciones antiguas, Hemeroteca, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

proceso de militarización social que se vislumbra también a través del propio desenvolvimiento de la facción unitaria. Si en el caso del sector letrado es dable imaginar cómo las causas ideológicas fueron fundamentales para atraer adeptos de ese campo, ¿qué pudo, en cambio, despertar el interés de los hombres de armas? Las relaciones interpersonales entre su oficialidad y los burócratas porteños, aunque no hemos profundizado esa posibilidad, debió ser un factor clave. Pero también, habíamos aducido motivos diversos: la formalidad de las “escuelas” en el adiestramiento militar que atentaba contra la “cultura” de las montoneras, más afines al federalismo, la poca participación de los “caudillos” del litoral en las campañas “nacionales”, la desatención de la que padeció el ejército, que acentuada en tiempos de Dorrego –sumado a la paz que se vio obligado a firmar-, llevó tanto a aumentar su impopularidad como la de su partido.

Retomando las palabras de Alvear citadas al principio de este trabajo, sobre su intención de ponerles “cuatro balazos” a aquellos hombres que con más brillo sabían portar la pluma que la espada, sabemos bien que se trató de pura retórica. No le convenía hacerlo; es que los hombres ilustrados y los militares se requerían mucho más de lo que su arranque de pasión hace suponer. En mutua necesidad, se estrecharon en una suerte de pacto implícito; los primeros, a cargo de las funciones más altas de la administración, realizaban nombramientos, abonaban los sueldos, se encargaban de buscar los recursos para la guerra. Los segundos, retribuían con su fidelidad, el apoyo de sus clientelas y el decisivo soporte de la espada. Para concluir, tal vez se podría acordarse con Bagú cuando señala que a los unitarios “*se los puede estudiar, porque tienen toda la cohesión ideológica y la comunidad de propósitos necesarias*”<sup>71</sup>, pero sin embargo, a partir de allí, las diferencias que existieron entre ellos fueron lo suficientemente remarcables para no volver a guiarnos por los simplificados modelos graníticos y coherentes de facciones propuestos por la vieja historiografía.

---

<sup>71</sup> **BAGU, Sergio.** *El Plan Económico del Grupo Rivadaviano (1811-1827), su sentido y sus contradicciones, sus proyecciones sociales, sus enemigos, con una sección documental.* Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1966, p. 10.